

¡Adiós mi dinero!

Pedro Escamilla

Freeditorial 

I

La moda es una gran cosa, y no una cosa así como se quiera.

Los que creen que se alimentan de cosas frívolas y fútiles están en un grave error.

La moda ejerce su influencia poderosa sobre todo y sobre todos: pone en movimiento la industria, la ciencia, el comercio; difunde la vida por donde quiera que pasa, y pasa por todas partes.

Sin ella no habría sastres, ni modistas, ni peluqueros, ni peinadoras: lo mismo se introduce en las Academias y en las columnas de los periódicos, que en el más humilde desván, en el más oscuro zaquizamí.

La moda da lugar a esos interesantes artículos que vemos en diarios e ilustraciones; a esas polémicas de una gran profundidad científica, que arrojan torrentes de luz sobre muchos puntos oscuros; a esas eruditas investigaciones, que dan por resultado el esclarecer lo que no se sabía a punto fijo, sobre el color magenta, la faya, los delantales a la Pompadour, y en fin, sobre otras materias tan útiles a la estudiosa juventud, como las ya citadas.

Los detractores de la moda son gentes que no saben dónde tienen su mano derecha, espíritus envidiosos y mal intencionados, incapaces de comprender ni de apreciar el significado de un lazo bien hecho, de una falda con bullones o sin ellos, de un sombrero, cuyas bridas son negras, azules o de color de chocolate.

Sin la moda no escribiría yo este artículo, que no sé si será de moda o no.

Para que veáis que nada exagero, os diré que la moda ha llegado a introducirse en el Diccionario, inventando esta palabra: VERANEO.

Precedida de un artículo, puede ser nombre sustantivo, y de un pronombre, primera persona del presente indicativo del verbo veranear.

Esta palabra tiene varias acepciones: significa la intención y el hecho de andar de aquí para allá durante el verano, significa el propósito de contraer deudas, de sobornar a los médicos para que receten estos o los otros baños; tiene consecuencias inmediatas, como las siguientes: pagar diez o doce reales por una jícara de chocolate y un panecillo duro en la peor de las habitaciones de la peor de las fondas; ahogarse en el Mediterráneo o en el Cantábrico; contemplar en Panticosa esputos sanguinolentos de varios matices, y perder su fortuna en San Sebastián o en otro santo cualquiera, amén de romperse una pierna o la cabeza formando parte de algún tren de recreo.

Veranear es una palabra inventada para demostrar que en cierta época del año la humanidad sale de sus casillas y se desparrama en todos aquellos sitios donde menos falta hace.

Suelen veranear los que quieren y pueden hacerlo, y también los que quieren y no pueden, pero que lo hacen.

Esto parece un contrasentido, y es sólo una demostración de aquello de: querer es poder.

II

En este último caso estaba don Gumersindo Rebollo, esposo de doña Concepción Mirabeles y padre de Angelito.

Don Gumersindo disponía de un mediano pasar, pero muy mediano; es decir, que no vivía todo lo holgadamente que hubiera podido vivir con una renta de veinte a treinta mil duros; doña Concepción tenía aspiraciones, y Angelito, que no seguía carrera ninguna, se educaba para ser un joven de carrera.

Esta dichosa familia vivía desde una fecha relativamente remota, abrigando un proyecto a cuya realización dedicaban todas sus economías: cada uno de sus individuos había contribuido con su sacrificio personal para el más próximo planteamiento de aquella idea, como vamos a demostrar.

Don Gumersindo había suprimido la media copita mezclada con que se regalaba después del café; doña Concepción contaba en su guardarropa un vestido menos todos los años, y Angelito suprimió por completo el pagar sus deudas, aunque seguía contrayéndolas.

Como se ve, el sacrificio de este apreciable joven, si bien era el más importante, era al mismo tiempo el menos costoso.

Ahora bien; el móvil de todas estas economías, la idea que alimentaban después de tantos años, aquel ardiente deseo que no podían refrenar, era el de pasar una temporada, aunque no fuese más que una en toda su vida, en un establecimiento balneario, en la época en que la moda aconseja que todo aquel que se respeta esté ausente de su casa siquiera un par de meses.

El jefe de la familia, en presencia de su esposa y de su hijo, hacía un arqueo cada tres meses para formar un estado de los fondos que debían dedicarse a la expedición; y aunque el resultado iba aproximándoles más a la realización de su deseo, se separaban dando un profundo suspiro cada tres meses, al ver que ni en un año ni en dos podrían abandonar su casa para entregarse a los placeres del baño.

Aquella cantidad, tan laboriosamente economizada, era su tormento: para dedicarla a expediciones en grande escala, era pequeña; para imponerla en la Caja de Ahorros, no servía, puesto que el interés que

podía rendirles no era muy crecido.

No había más remedio que resignarse a esperar.

Don Gumersindo, con la colaboración de su esposa y de Angelito, había formado un presupuesto de gastos, en el cual, a su modo de ver, estaba incluido todo lo que puede necesitar un bañista.

Tres trajes por cabeza.

Tres duros diarios para fonda y manutención.

Billetes de ida y vuelta, por supuesto, en tren de recreo.

Tanto para propinas.

Tanto para billetes en algún baile o concierto a beneficio de las viudas de los pescadores que debían naufragar en la temporada: se observa que los pescadores náufragos son generalmente casados y con hijos.

Tanto para perder al tresillo jugando dos noches por semana: si se ganaba, tanto mejor.

Tanto para emplear en esas fruslerías que se venden en todos los establecimientos balnearios, de que no puede prescindir un bañista, para tener el gusto de enseñarlas en Madrid a su regreso como una prueba material de que han veraneado.

Y en fin, tanto para gastos imprevistos, como tabaco, paseos en barca, teatro y limosna a algún vecino del pueblo que espera siempre al forastero a la salida del baño.

Esto daba un total de catorce mil reales, de que en un par de meses se iba a privar aquella pobre familia, que no necesitaba baños, por hacer una caroca a la vanidad, pasando luego las de Caín, como vulgarmente se dice, con tal de poder hablar de las impresiones del verano.

III

Sucedió que, andando el tiempo, los catorce mil reales se vieron reunidos en billetes de Banco y monedas de cinco duros, en una calceta listada de doña Concepción.

Ciertas familias no pueden colocar sus economías más que de la citada suerte; las hay que prefieren las pieles de gato y de conejo, con especialidad, las primeras. Fue durante un mes de diciembre cuando el arqueo de fin de año dio el resultado apetecido: don Gumersindo, doña Concepción y Angelito creyeron volverse locos al convencerse de que podían aspirar al inefable placer de visitar una playa y zambullirse en el líquido elemento, ni más ni menos que si hubieran sido sardinas o merluzas u otra cualquier clase de pescado de mar.

Desde los primeros días de enero empezó entre los tres una acalorada discusión acerca del punto que debían elegir para las zambullidas, siendo esto objeto de graves controversias.

Unos opinaban por el Cabañal, otros manifestaban sus simpatías por Alicante, donde la vida es más barata; quien, hablaba tímidamente de San Sebastián, Santander, Deva, Algorta, etc.; pero allí son mayores las exigencias de la moda, si bien la vanidad queda más satisfecha, por lo mismo que es más glorioso para un general ganar una batalla donde pelea uno contra diez.

La elección se decidió por San Sebastián; es decir, venció, como casi siempre, la vanidad; sólo que en atención a la carestía de aquel punto, se decidió que la expedición duraría un mes, en vez de dos como pensaban; todo ello se reducía a pasar unos días antes de regresar a la corte, en el Escorial o en Pozuelo, o en cualquier otro sitio de la línea.

Pero aún quedaban cinco meses de mortal espera: las personas tenidas por algo, no abandonan nunca

sus negocios en el verano, hasta primeros de julio.

Es verdad que la familia Rebollo no era nada, ni D. Gumersindo tenía que hacer más que dar vueltas por la Puerta del Sol y café Oriental.

¿Pero qué persona que se respeta sale de Madrid antes de la fecha indicada?

¡Imposible!

Sobre todo, ¿no podía esperar cinco meses el que había esperado tantos años?

Hay que advertir, que antes de aquella época, D. Gumersindo, doña Concepción y Angelito, cuando se aproximaba el verano, anatematizaban la costumbre o moda del veraneo, diciendo que las personas que abandonaban su casa tendrían poco que perder en ella.

Desde la entrada de aquel año, como aquel que dice: «año nuevo, vida nueva», comenzaron a manifestarse partidarios de aquella costumbre, diciendo que era preciso dar algo a ganar a esas pobres gentes que no viven más que de los despilfarros de las personas bien acomodadas de la corte.

D. Gumersindo en su tertulia, Doña Concepción en casa de todas sus amigas y Angelito en cafés, teatros y paseos, corrieron la voz de que aquel año salían para San Sebastián.

¿Con qué fruición pronunciaban estas palabras!... ¡Qué agradablemente sonaban en sus oídos!

Hubieran dado cualquier cosa, menos el viaje proyectado, porque los meses que aún les separaban de la realización de su deseo, tuviesen tres o cuatro días en vez de treinta.

Hasta llegaron a temer que aquel año se secase el mar, o hubiese una revolución, o sobreviniese un cataclismo que los impidiese llevar a cabo el viaje proyectado.

Desde el mes de marzo, aquella familia se dedicó a visitar los obradores y talleres de sastres y modistas en busca de las últimas decisiones de la moda; para trajes de verano, dando parte a todo el mundo de que iban a pasar un par de meses en San Sebastián; en su intemperancia de hablar de aquel acontecimiento, enteraron al aguador y al carbonero del viaje proyectado.

Los conocimientos en geografía de aquellos dos honrados individuos no habían pasado de San Sebastián de los Reyes, y no se explicaban que se hiciesen tantos preparativos para alejarse tan pocas leguas de Madrid.

IV

La familia Rebollo miraba con desdén a todos aquellos que, por sus verdaderas ocupaciones o falta de recursos, no podían alejarse por un par de meses de la corte, sin considerar que ellos mismos no volverían a hacer un viaje pensado más que al cabo de catorce o dieciséis años de economía y estrechez. Siempre que se encontraban en la calle a alguna persona conocida, le saludaban del siguiente modo.

— ¿Manda usted algo para San Sebastián?

O bien:

— ¿Qué quiere usted que le traigamos de San Sebastián?

Cada uno de sus tres individuos, según su edad y su carácter, se hacía las más agradables ilusiones acerca de su estancia en aquel puerto de mar.

D. Gumersindo, algo positivista, pensaba que en aquel sitio podía hacer buenas relaciones que utilizar en el porvenir.

Doña Concepción, que aumentaba de buen ver, se estremecía al admitir el hecho de que pudiera desmayarse en el sitio en que hubiera un marinero buen mozo para casos fortuitos y desmayos

imprevistos.

Angelito pensaba en enamorarse de la hija de algún ministro, banquero o general, y en el dinero que pudiera ganar en la ruleta pillando un buen cuarto de hora.

En suma, aquella gente creía de buena fe que su porvenir dependía de aquella expedición veraniega.

V

Y el tiempo... ¡nada!... ¡sin apresurar su curso, como si no tuviese prisa de que los mortales realizaran sus deseos!...

Parece que el tiempo tiene una complacencia cruel en desesperar a las gentes: hasta ahora no se sabe que se haya apresurado por nada ni por nadie.

Pero en fin, como que si no se apresura tampoco se detiene, llegó el mes de mayo, y empezó el de junio. Una mañana de sus primeros días, presentáronse en casa de la familia de Rebollo, casi al mismo tiempo, la modista de doña Concepción y el zapatero y el sastre de su esposo y de su hijo.

Todos tres estuvieron examinando, probándose y alabando sus respectivos trajes y botas, encomiando al mismo tiempo las costumbres del veraneo, que proporcionaba tan pingües ganancias a la industria y al comercio, extendiéndose en toda clase de consideraciones sobre los baños de ola, y sobre la complacencia que debían tener los pescados por el honor que se les hacía al alternar con ellos de igual a igual, sin olvidarse de las noches de luna en una barquilla que surcase las aguas salobres, mientras que los plateados rayos de la reina de la noche rielaban sobre la superficie, etc., etc.

La modista, el sastre y el zapatero, que eran poco aficionados a la poesía descriptiva, y que no habían ido allí para que se les recitase un capítulo de novela, encontraban todo aquello algo pesado y fastidioso, por más que no dudasen de las emociones que debe sentir ante aquel sublime espectáculo una persona medianamente organizada.

Los tres se decidieron a poner fin a la discusión, presentando sus respectivas cuentas.

Doña Concepción les hizo el honor de no fijarse más que en el total, pasando por alto las partidas menudas, y con el ademán de ministro de Hacienda que ha enjugado el déficit en los presupuestos, se dirigió hacia su alcoba donde estaba el baúl que contenía la calceta que encerraba los catorce mil reales.

A los dos segundos de su desaparición, se oyó un agudo grito.

Don Gumersindo y su hijo acudieron inmediatamente, presentándose a sus ojos un extraño espectáculo. Doña Concepción yacía en el suelo desmayada, al pie del baúl abierto; su mano derecha oprimía convulsivamente la calceta, especie de carbón donde guardaba el tesoro de la familia; algunas monedas de oro rodaban por tierra, en unión de varias partículas de papel de color, trituradas y reducidas casi a polvo impalpable.

VI

Uno o varios ratones, que debían ser enemigos del veraneo, se habían introducido en el baúl, y

tropezando con la calceta en cuestión se habían propinado una toma de billetes de Banco por valor de doce mil reales.

De aquellas economías, que representaban la obra de muchos años, sólo habían quedado dos mil reales en oro, y con cien duros no pueden ir tres individuos a San Sebastián... como no vayan a pedir limosna.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para obtener más e-Books GRATUITOS visita Freeditorial.com